

ni en su persona, ni en su familia, ni en ninguna de sus cosas ha ocurrido ningun accidente desagradable.

Es la hora señalada: acudís con puntualidad, y os hallais en presencia del héroe de la mañana. D. Nicasio está algo descompuesto en su vestido, merced á un calor que le ahoga. Medio tendido en el sofá, os devuelve el saludo con un esfuerzo afectuoso, pero con evidentes señales de fastidiosa lasitud.

—Vamos á ver, Sr. D. Nicasio, si quedamos convenidos definitivamente.

—Tiempo tenemos de hablar.... contesta don Nicasio, y su fisonomía se contrae con muestras de tedio.

—Como V. me ha citado para esta tarde....

—Sí, pero....

—Como V. guste.

—Ya se ve; pero es menester pensarlo mucho; ¡qué sé yo!....

—Lo que es dificultades conozco que hay; solo que viéndole á V. tan animoso esta mañana, lo confieso, todo se me hacia ya camino llano.

—Animoso sí.... y lo estoy aun.... pero sin embargo, sin embargo, conviene no llevar demasiada prisa.... En fin ya hablaremos, añade con espresion de quien desea que no le comprometan.

Don Nicasio es otro; espresa lo que siente; nada de la audacia, de la actividad de la mañana; nada de los proyectos tan fáciles de ejecutar; entonces los obstáculos importaban poco, ahora son casi insuperables; los rivales no significaban nada, ahora son invencibles. ¿Qué ha sucedido? ¿Le han dado á D. Nicasio otras noticias? No ha visto á nadie.

¿Ha meditado sobre el negocio? No se habia acordado mas de él. ¿Qué ha sucedido pues, para causar tamaña revolucion en su espíritu, alterando su modo de ver las cosas, y quebrantando tan lastimosamente sus ímpetus juveniles? Nada, la esplicacion del fenómeno es muy sencilla; no busqueis grandes causas, son muy pequeñas. En primer lugar, ahora hace un calor atroz, lo que por cierto dista mucho del oreo de una fresca brisa como sucedia por la mañana. D. Nicasio está sumamente abatido, la hora es pesada, el cielo se encapota y parece amenazar tempestad. La comida era ademas algo indigesta; el sueño de la siesta ha sido demasiado breve, y no sin alguna pesadilla. ¿Se quiere mas? ¿No son estos motivos bastante poderosos para trastornar el espíritu de un hombre grave y modificar sus opiniones? A pesar de todas las citas, ¿quién os ha llevado á su casa bajo una constelacion tan adversa?

Tal es el hombre; la menor cosa le desconcierta, le hace otro. Unido su espíritu á un cuerpo sujeto á mil impresiones diferentes, que se suceden con tanta rapidez y se reciben con igual facilidad que los movimientos de la hoja de un árbol, participa en cierto modo de esa inconstancia y variedad, trasladando con harta frecuencia á los objetos las mudanzas que solo él ha experimentado.

§ LII.

Los sentimientos por sí solos son mala regla de conducta.

Lo dicho manifiesta la imposibilidad de dirigir la conducta del hombre por solo el sentimiento; y la literatura de nuestra época que tan poco se ocupa de comunicar ideas de razon y de moral, y que al parecer no se propone sino escri-

tar sentimientos, olvida la naturaleza del hombre, y causa un mal de inmensa trascendencia.

El entregar al hombre á merced del solo sentimiento es arrojar un navio sin piloto en medio de las olas. Esto equivale á proclamar la infalibilidad de las pasiones, á decir: «Obra siempre por instinto, obedeciendo ciegamente á todos los movimientos de tu corazón.» Esto seria despojar al hombre de su entendimiento, de su libre albedrío, convertirle en simple instrumento de su sensibilidad.

Se ha dicho que los grandes pensamientos salen del corazón; tambien pudiera añadirse que del corazón salen grandes errores, grandes delirios, grandes estravagancias, grandes crímenes. Del corazón sale todo; es un harpa soberbia que despide toda clase de sonidos; desde el horrendo estrépito de las cavernas infernales hasta la mas delicada armonía de las regiones celestes.

El hombre que no tiene mas guía que su corazón es el juguete de mil inclinaciones diversas y á menudo contradictorias. Una ligerísima pluma en medio de una campiña donde reinan los vientos no lleva las direcciones mas variadas é irregulares. ¿Quién es capaz de contar, ni clasificar, la infinidad de sentimientos que se suceden en nuestro pecho, en brevisimas horas? ¿Quién no ha reparado en la asombrosa facilidad con que se pasa de la viva afición á un trabajo, á una repugnancia casi insuperable? ¿Quién no ha sentido simpatía ó antipatía, á la simple presencia de una persona, sin que pueda señalarse ninguna razon de ello, y sin que los hechos ofrezcan en lo sucesivo motivo alguno que justifique aquella impresion? ¿Quién no se ha admirado repetidas veces de encontrarse trasformado en pocos

instantes pasando del brio al abatimiento, de la osadía á la timidez ó viceversa, sin que hubiese mediado ninguna causa ostensible? ¿Quién ignora las mudanzas que los sentimientos sufren con la edad, con la diferencia de estado, de posicion social, de relaciones familiares, de salud, de clima, de estacion, de atmósfera? Todo cuanto afecta nuestras ideas, nuestros sentidos, nuestro cuerpo de cualquier modo que sea, todo modifica nuestros sentimientos; y de aquí esa asombrosa inconstancia que se nota en los que se abandonan á todos los impulsos que ellos comunican, de aquí esa volubilidad de las organizaciones demasiado sensibles, si no han hecho grandes esfuerzos para dominarse.

Las pasiones han sido dadas al hombre como medios para despertarle y ponerle en movimiento; como instrumentos para servirle en sus acciones; mas no como directoras de su espíritu, no como guías de su conducta. Se dice á veces que el corazón no engaña; ¡lamentable error! ¿Pues qué es nuestra vida sino un tejido de ilusiones con que el corazón nos engaña? Si alguna vez acertamos, entregándonos ciegamente á lo que él nos inspira, ¡cuántas y cuántas nos hace estraviar! ¿Sabeis por qué se atribuye al corazón ese acierto instintivo? Porque nos llama estremadamente la atención uno de sus aciertos, cuando nos consta que son tantos sus desaciertos; porque nos causa estraña sorpresa el verle adivinar en medio de su ceguera, cuando son tantas las veces que le encontramos desatinado. Por esto recordamos su acierto escepcional, por eso en gracia de este le perdonamos todos sus yerros y le honramos con una prevision y un tino que no posee ni puede poseer.

El fundar la moral sobre el sentimiento es destruirla; el

arreglar su conducta á las inspiraciones del sentimiento es condenarse á no seguir ninguna fija, y á tenerla frecuentemente muy inmoral y funesta. La tendencia de la literatura que actualmente está en boga en Francia, y que desgraciadamente se introduce tambien en nuestra España, es divinizar las pasiones, y las pasiones divinizadas son estravagancia, inmoralidad, corrupcion, crimen.

§ LIII.

No impresiones sensibles, sino moral y razon.

La conducta del hombre así con respecto á lo moral como á lo útil no debe gobernarse por impresiones sino por reglas constantes; en lo moral, por las máximas de eterna verdad; en lo útil por los consejos de la sana razon. El hombre no es un Dios en quien todo se santifique por solo hallarse en él; las impresiones que recibe son modificaciones de su naturaleza que en nada alteran las leyes eternas: una cosa justa no pierde la justicia por serle desagradable; una cosa injusta, por serle agradable no se lava de la injusticia. El enemigo implacable que hunde el puñal vengador en las entrañas de su víctima, siente en su corazon un placer feroz, y su accion no deja de ser un crimen; la hermana de la caridad que asiste al enfermo, que le alivia y consuela, sufre mas de una vez tormentos atroces; mas por esto su accion no deja de ser heroicamente virtuosa.

Prescindiendo de lo moral, y atendiendo á lo útil, es necesario tratar las cosas con arreglo á lo que son, no á lo que nos afectan; la verdad no está esencialmente en nuestras impresiones sino en los objetos; cuando aquellas nos ponen en desacuerdo con estos nos estravian. El mundo real no es el mundo de los poetas y novelistas; es preciso

considerarle y tratarle tal como es en sí; no sentimental, no fantástico, no soñador; sino positivo, práctico, prosáico.

§ LIV.

Un sentimiento bueno, la exageracion le hace malo.

La religion no sofoca los sentimientos, solo los modera y los dirige; la prudencia no desecha el auxilio de las pasiones templadas, solo se guarda de su predominio. La armonia no se ha de producir en el hombre con el simultáneo desarrollo de las pasiones, sino con su represion; el contrapeso de las que se dejen funcionando no son solo las otras pasiones, sino principalmente la razon y la moral. La oposicion misma de las inclinaciones buenas á las malas deja de ser saludable cuando en ella no preside como señora la razon; porque las inclinaciones buenas, no son buenas sino en cuanto la razon las dirige y modera; abandonadas á sí mismas se exageran, se hacen malas.

Un valiente está encargado de un puesto peligroso; el riesgo crece por momentos; á su alrededor van cayendo sus camaradas; los enemigos se aproximan cada vez mas; apenas hay esperanza de sostenerse, y la orden para retirarse no llega. El desaliento entra por un instante en el corazon del valiente: ¿á qué morir sin ningun fruto? ¿El deber de la disciplina y del honor se estenderá hasta un sacrificio inútil? ¿No seria mejor abandonar el puesto, y escusarse á los ojos del gefe con lo imperioso de la necesidad? «No, responde su corazon generoso; esto es cobardía que se cubre con el nombre de prudencia. ¿Qué dirian tus compañeros, qué tu gefe, qué cuantos te conocen? ¿La ignominia ó la muerte? Pues la muerte, sin vacilar, la muerte.»

¿Se puede culpar esa reflexion con que el bravo oficial ha procurado sostenerse á sí mismo contra la tentacion de cobardía? Ese deseo del honor, ese horror á la ignominia de pasar por cobarde, ¿no ha sido en él un sentimiento? Si; pero un sentimiento noble, generoso, con cuya fuerza y ascendiente se ha fortalecido contra las asechanzas del miedo, y ha cumplido su deber. Esa pasion pues, dirigida á un objeto bueno, ha producido un resultado escelente, que tal vez sin ella no se hubiera conseguido: en aquellos momentos críticos, terribles, en que el estruendo del cañon, la gritería del enemigo cercano, y los ayes de los camaradas moribundos, comenzaban á introducir el espanto en su pecho, la razon enteramente sola tal vez hubiera sucumbido; pero ha llamado en su ayuda á una pasion mas poderosa que el temor de la muerte: el sentimiento del honor, la vergüenza de parecer cobarde; y la razon ha triunfado, el deber se ha cumplido.

Llegada la órden de replegarse, el oficial se reune á su cuerpo, habiendo perdido en el puesto fatal á casi todos sus soldados.— Ya le teniamos á V. por muerto, le dice chancéandose uno de sus amigos; no se habrá V. olvidado del parapeto.— El oficial se cree ultrajado, pide con calor una satisfaccion, y á las pocas horas el burlon imprudente ha dejado de existir. El mismo sentimiento que poco antes impulsara á una accion heróica, acaba de causar un asesinato. El honor, la vergüenza de pasar por cobarde, habian sostenido al valiente, hasta el punto de hacerle despreciar su vida: el honor, la vergüenza de pasar por cobarde, han teñido sus manos con la sangre de un amigo imprudente. La pasion dirigida por la razon se elevó hasta el heroismo; en-

llegada á su ímpetu ciego se ha degradado hasta el crimen. La emulacion es un sentimiento poderoso, escelente preservativo contra la pereza, contra la cobardía, y contra cuantas pasiones se oponen al ejercicio útil de nuestras facultades. De ella se aprovecha el maestro para estimular á los alumnos; de ella se sirve el padre de familia para refrenar las malas inclinaciones de alguno de sus hijos; de ella se vale un capitán para obtener de sus subordinados constancia, valor, hazañas heróicas. El deseo de adelantar, de cumplir con el deber de llevar á cabo grandes empresas, el doloroso pesar de no haber hecho de nuestra parte todo lo que podiamos y debiamos, el rubor de vernos escedidos por aquellos á quienes hubiéramos podido superar, son sentimientos muy justos, muy nobles, escelentes para hacernos avanzar en el camino del bien. En ellos no hay nada reprehensible; ellos son el manantial de muchas acciones virtuosas, de resoluciones sublimes, de hazañas sorprendentes.

Pero si ese mismo sentimiento se exagera, el néctar aromático, dulce, confortador, se trueca en el humor mortífero que fluye de la boca de un réptil ponzoñoso: la emulacion se hace envidia. El sentimiento en el fonfo es el mismo, pero se ha llevado á punto demasiado alto; el deseo de adelantar ha pasado á ser una sed abrasadora; el pesar de verse superado es ya un rencor contra lo que supera; ya no hay aquella rivalidad que se hermanaba muy bien con la amistad mas íntima, y que procuraba suavizar la humillacion del vencido prodigándole muestras de cariño, y sinceras alabanzas por sus esfuerzos; que contenta con haber conquistado el lauro, le escondia para no lastimar el amor propio de los demas; hay, si, un verdadero despecho, hay una ra-

bia, no por la falta de los adelantos propios, sino por la vista de los ajenos; hay un verdadero odio al que se aventaja, hay un vivo anhelo por rebajar el mérito de sus obras, hay maledicencia, hay el desden con que se encubre un furor mal comprimido, hay la sonrisa sardónica, que apenas alcanza á disimular los tormentos del alma.

Nada mas conforme á razon que aquel sentimiento de la propia dignidad, que se exalta santamente cuando las pasiones brutales escitan á una accion vergonzosa; que recuerda al hombre lo sagrado de sus deberes, y no le consiente deshonrarse faltando á ellos; aquel sentimiento que le inspira la actitud que le conviene tomar segun la posicion que ocupa; aquel sentimiento que llena de majestad el semblante y modales del monarca, que da al rostro y manera de un pontífice santa gravedad y uncion augusta; que brilla en la mirada de fuego de un gran capitan y en su ademan resuelto, osado, imponente; aquel sentimiento que á la dicha no le permite alegría descompuesta, ni al infortunio abatimiento innoble; que señala la oportunidad de un prudente silencio, ó siugiere una palabra decorosa y firme; que deslinda la afabilidad de la nimia familiaridad, la franqueza del abandono, la naturalidad de los modales de una libertad grosera; aquel sentimiento en fin que vigoriza al hombre sin endurecerle, que le suaviza sin relajarle, que le hace flexible sin inconstancia, y constante sin terquedad. Pero ese mismo sentimiento, si no está moderado y dirigido por la razon, se hace orgullo; el orgullo que hincha el corazon, enhiesta la frente, da á la fisonomía un aspecto ofensivo, y á los modales una afectacion entre irritante y ridicula; el orgullo que desvanece, que imposibilita para adelantar, que

se suscita á sí propio obstáculos en la ejecucion, que inspira grandes maldades, que provoca el aborrecimiento y el desprecio, que hace insufrible.

¿Qué sentimiento mas razonable que el deseo de adquirir ó conservar lo necesario para las atenciones propias, y de aquellas personas de cuyo cuidado encargan el deber ó el afecto? El previene contra la prodigalidad, aparta de los excesos, preserva de una vida licenciosa, inspira amor á la sobriedad, templanza en todos los deseos, aficion al trabajo. Pero este mismo sentimiento llevado á la exageracion, impone ayunos que Dios no acepta, frio en el invierno, calor en el verano, mal cuidado de la salud, abandono en las enfermedades, mortifica con privaciones á la familia, niega todo favor á los amigos, cierra la mano para los pobres, endurece cruelmente el corazon para toda clase de infortunios, atormenta con sospechas, temores, zozobras, prolonga las vigillas, engendra el insomnio, persigue y agita con la aparicion de espectros robadores los breves momentos de sueño, haciendo que no pueda lograr descanso.

El rico avaro en el angosto lecho, Y que sudando con terror despierte.

Véase pues con cuánta verdad he dicho que los mismos sentimientos buenos, la exageracion los hace malos; que el sentimiento por sí solo es una guia mal segura, y á menudo peligrosa. La razon es quien debe dirigirle conforme á los eternos principios de la moral; la razon es quien debe encastrarle hasta en el terreno de la utilidad. Por esto jamás el hombre se ocupa demasiado del conocimiento de sí mismo; ningun esfuerzo está de mas para adquirir aquel criterio moral y acertado que nos enseña la verdad práctica, la

verdad que debe presidir á todos los actos de nuestra vida. Proeeder á la ventura, abandonarse ciegamente á las inspiraciones del corazon, es esponerse á mancharse con la inmoralidad, y á cometer una serie de yerros que acaban por acarrear terribles infortunios.

§ LV.

La ciencia es muy útil á la práctica.

En todo lo concerniente á objetos sometidos á leyes necesarias, claro es que el conocimiento de estas ha de ser utilísimo, cuando no indispensable. De cuyo principio infero que discurren muy mal los que en tratándose de ejecutar, descuidan la ciencia y solo se atienen á la práctica. La ciencia, si es verdaderamente digna de este nombre, se ocupa en el descubrimiento de las leyes que rigen la naturaleza; y así su ayuda ha de ser de la mayor importancia. Tenemos de esta verdad una irrefragable prueba en lo que ha sucedido en Europa de tres siglos á esta parte. Desde que se han cultivado las matemáticas y las ciencias naturales, el progreso de las artes ha sido asombroso. En el siglo actual se están haciendo continuamente ingeniosos descubrimientos; y ¿qué son estos, sino otras tantas aplicaciones de la ciencia?

La rutina que desdeña á la ciencia, muestra en semejanza desde un orgullo necio, hijo de la ignorancia. El hombre se distingue de los brutos animales por la razon con que le ha dotado el Autor de la naturaleza; y no querer emplear las luces del entendimiento para la direccion de las operaciones, aun las mas sencillas, es mostrarse ingrato á la bondad del Criador. ¿Para qué se nos ha dado esa antor-

cha sino para proveebarnos de ella en cuanto sea posible? Y si á ella se deben tan grandes concepciones científicas, ¿por qué no la hemos de consultar para que nos suministre reglas que nos guien en la práctica?

Véase el atraso en que se encuentra la España en cuanto á desarrollo material, merced al descuido con que han sido miradas durante largo tiempo las ciencias naturales y exactas; comparémonos con las naciones que no han caído en este error, y nos será fácil palpar la diferencia. Verdad es que hay en las ciencias una parte meramente especulativa, y que dificilmente puede conducir á resultados prácticos; sin embargo es preciso no olvidar, que aun esta parte al parecer inútil, y como si dijéramos de mero lujo, se liga muchas veces con otras que tienen inmediata relacion con las artes. Por manera que su inutilidad es solo aparente, pues andando el tiempo se descubren consecuencias en que no se habia reparado. La historia de las ciencias naturales y exactas nos ofrece abundantes pruebas de esta verdad. ¿Qué cosa mas puramente especulativa y al parecer mas estéril, que las fracciones continuas? Y no obstante, ellas sirvieron á Huygens para determinar las dimensiones de las ruedas dentadas en la construccion de su autómeta planetario.

La práctica sin la teoria permanece estacionaria, ó no adelanta sino con muchísima lentitud; pero á su vez, la teoria sin la práctica fuera tambien infructuosa. La teoria no progresa ni se solida sin la observacion; pues bien, la observacion estriba en la práctica. ¿Qué seria la ciencia agricola sin la experiencia del labrador?

Los que se destinan á la profesion de un arte deben, si es

posible, estar preparados con los principios de la ciencia en que aquella se funda. Los carpinteros, albañiles, maquinistas, saldrian sin duda mas hábiles maestros si poseyesen los elementos de geometria y de mecánica; y los barnizadores, tintoreros y de otros oficios, no andarian tan á tientas en sus operaciones, si no careciesen de las luces de la química. Si una gran parte del tiempo que se pierde miserablemente en la escuela y en casa, ocupándose en estudios inconducentes, se emplease en adquirir los conocimientos preparatorios, acomodados á la carrera que se quiere emprender, los individuos, las familias y la sociedad reportarian por cierto mayor fruto de sus tareas y dispendios.

Bueno es que un jóven sea literato; ¿pero de qué le servirá un brillante trozo de Walter Scott, ó de Victor Hugo, cuando colocado al frente de un establecimiento sea preciso conocer los defectos de una máquina, las ventajas ó inconvenientes de un procedimiento, ó adivinar el secreto con que en los países estrangeros se ha llegado á la perfeccion de un tinte? Al arquitecto, al ingeniero, ¿serán los artículos de política los que los enseñarán á construir un edificio con solidez, elegancia, aptitud y buen gusto, á formar atinadamente el plan de una carretera ó canal, á dirigir las obras con inteligencia, á levantar una calzada, ó suspender un puente?

§ LIV.

Inconvenientes de la universalidad.

El saber es muy costoso, y la vida muy breve; y sin embargo, vemos con dolor que se desparraman las facultades

del hombre hácia mil objetos diferentes, halagando á un tiempo la vanidad y la pereza. La vanidad, porque de esta suerte se adquiere la reputacion de sabio; la pereza, porque es harto mas trabajoso el fijarse sobre una materia y dominarla, que no el adquirir cuatro nociones generales sobre todos los ramos.

Se ponderan de continuo las ventajas de la division del trabajo en la industria, y no se advierte que este principio es tambien aplicable á la ciencia. Son en muy escaso número los hombres nacidos con felices disposiciones para todo. Muchos que podrian ser una excelente *especialidad* dedicándose principal ó esclusivamente á un ramo, se inutilizan miserablemente aspirando á la universalidad. Son incalculables los daños que de esto resultan á la sociedad y á los individuos; pues que se consumen estérilmente muchas fuerzas que bien aprovechadas y dirigidas, habrian podido producir grandes bienes. Vaucanson y Vatt hicieron prodigios en la mecánica; y es muy probable que se hubieran distinguido muy poco en las bellas artes y en la poesia: Lafontaine se inmortalizó con sus *Fábulas*, y metido á hombre de negocios hubiera sido de los mas torpes. Sabido es que en el trato de la sociedad parecia á veces estar falto de sentido comun.

No negaré que unos conocimientos presten á otros grande auxilio, ni las ventajas que reportá una ciencia de las luces que le suministran otras, quizás de un orden totalmente distinto; pero repito que esto es para pocos, y que la generalidad de los hombres debe dedicarse especialmente á un ramo.

Asi en las ciencias como en las artes, lo que conviene es

escoger con acierto la profesion; pero una vez escogida, es preciso aplicarse á ella ó principal ó esclusivamente.

La abundancia de libros, de periódicos, de manuales, de enciclopedias, convida á estudiar un poco de todo: esta abundancia indica el gran caudal de conocimientos atesorados con el curso de los siglos y de que disfruta la edad presente; pero en cambio acarrea un mal muy grave, y es que hace perder á muchos en intensidad lo que adquieren en estension, y á no pocos les proporciona aparentar que saben de todo cuando en realidad no saben nada.

Si la España ha de progresar de una manera real y positiva, es preciso que se acuda á remediar este abuso; que se encajonen, por decirlo así, los ingenios en sus respectivas carreras, y que sin impedir la universalidad de conocimientos en los que de tanto sean capaces, se cuide que no falte en algunos la profundidad, y en todos la suficiencia. La mayor parte de las profesiones demandan un hombre entero, para ser desempeñadas cual conviene; si se olvida esta verdad, las fuerzas intelectuales se consumen lastimosamente sin producir resultado: como en una máquina mal construída se pierde gran parte del impulso por falta de buenos conductos que le dirijan y apliquen.

A quien reflexione sobre el movimiento intelectual de nuestra patria en la época presente, se le ofrece de bulto la causa de esa esterilidad que nos aflige, á pesar de una actividad siempre creciente. Las fuerzas se disipan, se pierden, porque no hay direccion: los ingenios marchan á la aventura, sin pensar á dónde van: los que profesan con fruto una carrera la abandonan á la vista de otra que los brinda con mas ventajas: y la revolucion trastornando todos los

papeles, haciendo del abogado un diplomático, del militar un político, del comerciante un hombre de gobierno, del juez un economista, de nada todo, aumenta el vértigo de las ideas, y opone gravísimos obstáculos á todos los progresos.

§ LVII.

Fuerza de la voluntad.

El hombre tiene siempre un gran caudal de fuerzas sin emplear; y el secreto de hacer mucho, es acertar á explotarse á si mismo. Para convencerse de esta verdad, basta considerar cuánto se multiplican las fuerzas del hombre que se halla en aprieto: su entendimiento es mas capaz y penetrante, su corazon mas osado y emprendedor, su cuerpo mas vigoroso: ¿y esto por qué? ¿se crean acaso nuevas fuerzas? No ciertamente: solo se despiertan, se ponen en accion, se aplican á un objeto determinado. ¿Y cómo se logra esto? El aprieto agujonea la voluntad, y esta despliega, por decirlo así, toda la plenitud de su poder: quiere el fin con intensidad y viveza, manda con energia á todas las facultades que trabajen por encontrar los medios á propósito, y por emplearlos una vez encontrados; y el hombre se asombra de sentirse otro, de ser capaz de llevar á cabo lo que en circunstancias ordinarias le pareciera del todo imposible.

Lo que sucede en extremos apurados, debe enseñarnos el modo de aprovechar y multiplicar nuestras fuerzas en el curso de los negocios comunes: regularmente, para lograr un fin, lo que se necesita es *voluntad*: voluntad decidida, resuelta, firme, que marcha á su objeto sin arredrarse por